Jubileo, un bautismo del Espíritu

Marisol Salcedo, dominica seglar, Madrid
Grupo de la Renovación

El Papa Francisco invita a transformar los signos de los tiempos en signos de esperanza, empezando por la paz en el mundo. En este año los cristianos estamos llamados a ser signos de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria, El Año jubilar, dice el Papa, debe llevar la esperanza a los presos, a los enfermos, a los jóvenes, a los migrantes, a las personas mayores y a los pobres.

Pero no podemos ser signos de esperanza para los que sufren en nuestro mundo solamente, con nuestras fuerzas y nuestras buenas intenciones, sin haber sido revestidos del poder del Espíritu Santo. No podemos cumplir el mandato de Jesús de proclamar la Buena Nueva a toda la creación y de ser sus testigos hasta los confines de lo cierra, sin ser revestidos del Poder de lo Alto. Sin este Poder estaremos acometiendo una misión divina con recursos humanos. Necesitamos el Bautismo en el Espíritu Santo.

A este Bautismo en el Espíritu se refiere Jesús cuando, antes de subir a su Padre, dijo a sus discípulos: No os vayáis de Jerusalén, aguardad la Promesa del Padre, seréis bautizados en el Espíritu Santo. El Libro de los Hechos de los Apóstoles, en su comienzo, nos relata que Jesús dirigiéndose a sus discípulos les dice: recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá so-bre vosotros y seréis mis testigos hasta los confines de la tierra.

En la convocatoria del jubilen, echo en falta una exhortación a todos nosotros los cristianos, para que juntos, con fe e insistencia, pidamos al Padre una efusión del Espíritu Santo, que vivifique y renueve nuestras vidas, nuestras parroquias, nuestras congregaciones religiosas, nuestros sacerdotes, nuestra jerarquía una efusión impetuosa que suscite profetas y doctores, testigos y anunciadores, dones y carismas. Sin el Poder del Espíritu Santo no podemos hacer nada, absolutamente nada.

La evangelización es el gran reto de nuestros días y de todos los tiempos. La Iglesia procede de una misión y vive para una misión: anunciar el Evangelio a toda la creación. La Iglesia

tiene que dar el paso decisiva de pasar de “una pastoral de mantenimiento" a una "pastoral misionera" y poner en el centro de todas sus preocupaciones la proclamación del Evangelio.

La Iglesia hizo acto de presencia en el mundo el día de Pentecostés. Sus orígenes no están en la iniciativa de los hombres, sino en la acción de Dios en nuestro Señor Jesucristo. Él es realmente el origen de la Iglesia: de Él ha nacido, de Él vive y para Él vive. La Iglesia procede de alguien que ha vencido a la muerte; por eso tiene que volver los ojos hacia el Resucitado, en todo momento y en toda circunstancia feliz o dolorosa de nuestra historia.

En el momento en el que nos encontramos, ya no bastan ni cursos de teología, ni cursillos de Biblia ni estrategias humanas, ni planes pastorales, ni conferencias de cualquier tipo. “La Iglesia necesita un perenne Pentecostés – dijo Pablo VI; necesitaba fuego en los corazones, la Palabra en los labios, la profecía en la mirada”. La Iglesia necesita al Espíritu Santo antes que ninguna otra cosa, porque sin Espíritu Santo la iglesia no puede vivir lo necesita en cada uno de nosotros y en todos conjuntamente, en nosotros que somos Iglesia. Todos necesitamos un Pentecostés personal en nuestra vida. Lo único que el hombre necesita es ser bautizado en el Espíritu, porque sin Él se muere si remedio.

¿Cómo hablar de Jesús a los hombres si une mismo no se ha encontrado con Él? El cristianismo no necesita tanto doctores como testigos, nombres que hayan tenido la experiencia de un encuentro personal con Jesús vivo y resucitado como Señor y Salvador. El nombre contemporáneo, dijo Pablo VI escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan… cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y en los hechos más que en teorías. El padre Cantalamessa dice "Solo los enamorados de Jesús lo anuncian con profunda convicción”.

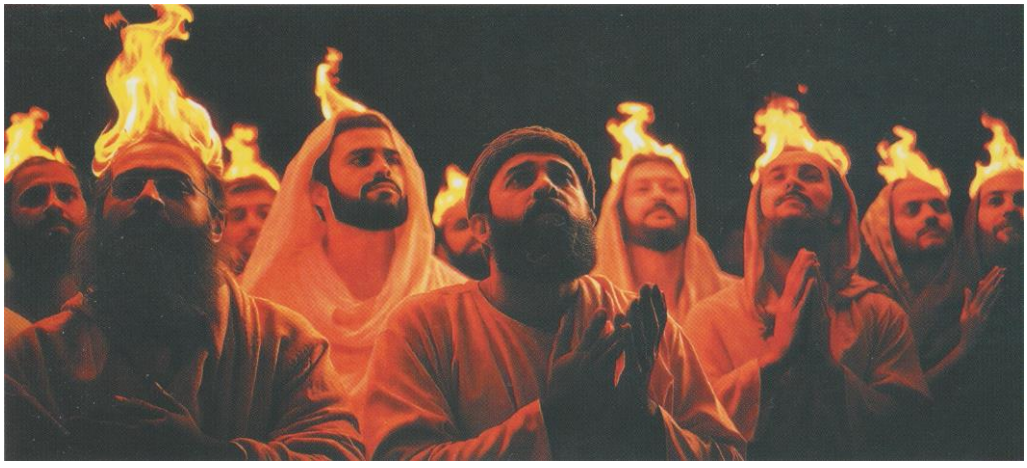
Vivimos en una cultura que ha rechazado a Dios, que se ha apartado totalmente de Dios, que ha puesto a Dios al margen de la sociedad. Se ha producido la pérdida del sentido de la trascendencia. Millones de cristianos bautizados ya no tienen ninguna relación ni con Dios, ni con la Iglesia. La ausencia de Dios en la cultura ha dejado en el hombre un acto profundo que intenta llenar de muchas maneras, con espiritualidades falsas. Vivimos en la cultura del narcisismo, donde el valor supremo es sentirme bien conmigo mismo. Lo importante es seguir la moda, ser atractivo, sexi, tener dinero, tener poder. Estos son ídolos falsos que esclavizan al hombre y así se llega a la ruptura de los matrimonios, de las familias. Todo esto conduce a vidas rotas, corazones rotos, soledad, adiciones, suicidios, lo que San Juan Pablo II llamaba la cultura de la muerte.

Estamos rodeados de personas jóvenes y mayores que externa y aparentemente están bien pero, que por dentro están llenos de heridas. Los jóvenes de hoy son huérfanos espirituales, no saben de dónde vienen a donde van, ni de qué va la vida. No saben que tienen un Padre que los conoce perfectamente y los ama incondicionalmente.

Es tiempo de decir a estos jóvenes que Jesús no es una figura histórica, sino que está vivo y ha resucitado y sigue haciendo en este tiempo presente los mismos prodigios que hacia cuando vivía sobre esta tierra. Que el señor se sigue encontrando con las personas, llena sus vidas de sentido, sana las heridas, libera a los oprimidos, resucita a los que caminan muertos en este mundo.

Yo puedo hablar así porque soy testigo. Hace muchos años, cuando era joven, me encontraba como estos jóvenes de que hablo: sin sentido en mi vida; llena de heridas; cansada de luchar, tratando de encontrar la felicidad que anhelaba mi corazón, sin haber conseguido nada, dialogando con un Dios que parecía que no me escuchaba y que parecía indiferente a las desgracias que en ese tiempo sucedan en mi vida, como por ejemplo, la muerte de mi madre. Tal era mi situación, que llegué a dudar de su existencia y de que fuera bueno. Con frecuencia me preguntaba si merecía la pena vivir.

Así me encontraba, cuando me invitaron a asistir a un grupo de la Renovación Carismática y un poco tiempo después, participé en un retiro de Efusión del Espíritu Santo. En ese retiro tuve un encuentro con Cristo vivo y resucitado. Aquél Jesús que murió en una cruz, estaba vivo. Dios le había resucitado y no solo eso, me conocía, desde siempre me había buscado. Había escuchado mis súplicas y acogido mis lágrimas. Tuve una experiencia tan grande del amor gratuito e incondicional del Señor por mí, que cambió para siempre mi vida. Ese era el amor que yo andaba buscando y no encontraba. En ese momento acepté a Jesús como mi Señor y Salvador y le entregué mi corazón para siempre.

Mi vida ya tenía sentido, por fin se acabó la soledad, mi vacío existencial estaba habitado. Encontré por fin, la plenitud y la felicidad que siempre anhelaba. Han pasado casi 40 años desde ese encuentro y sigo pensando lo mismo y no lo he dudado en ningún momento, Yo, en cualquier circunstancia de la vida, y eso que hay ocasiones en las que toca sufrir y mucho, me digo a mí misma, soy feliz y la razón es que me he encontrado con Cristo y me siento cada día profundamente amada por El.

Marisol Salcedo, dominica seglar. Madrid, diciembre 2024